



Palestina, migración y memoria: entre el genocidio global y la resistencia compartida

Introducción

En junio de 2025, el mundo observa con alarma cómo el conflicto en Palestina se intensifica en medio de un ciclo incesante de violencia, bombardeos y desplazamientos forzados. Al mismo tiempo, ciudades como Los Ángeles enfrentan una crisis migratoria marcada por redadas masivas, criminalización y un racismo estructural que pone en jaque los derechos humanos de millones de personas. Estas dos realidades, aparentemente distantes, están profundamente interconectadas por una lógica global de poder que reproduce el despojo, la exclusión y la violencia sistemática contra poblaciones racializadas y colonizadas.

Esta investigación parte de la hipótesis de que el genocidio en Palestina y la crisis migratoria en Estados Unidos son expresiones entrelazadas de una misma arquitectura de violencia global, que se manifiesta en la militarización, el racismo institucionalizado y la necropolítica. Además, sostiene que la resistencia colectiva que emerge en estos territorios no es aislada ni fortuita, sino que forma parte de un tejido transnacional de lucha por la justicia social, la defensa de la vida y el territorio, y el reconocimiento de la dignidad humana. En este contexto saturado de información y desinformación, resulta indispensable hacer una reflexión crítica y profunda sobre cómo la memoria histórica y la solidaridad internacionalista pueden ser herramientas fundamentales para enfrentar la normalización del genocidio y la criminalización migratoria.

Marco teórico-conceptual

- Necropolítica (Achille Mbembe): cómo el poder decide quién vive y quién muere.
- Biopoder y control territorial (Michel Foucault): gestión de los cuerpos y poblaciones.
- Colonialidad del poder (Aníbal Quijano): estructuras globales de dominio postcolonial.
- Memoria histórica y resistencia (Elizabeth Jelin / Walter Benjamin): pasado como campo de disputa.
- Racismo estructural (Angela Davis, Ruth Wilson Gilmore): criminalización como herramienta del Estado.
- Justicia social y cuidado colectivo (bell hooks, Silvia Rivera Cusicanqui): resistencias desde la vida.

Palestina como territorio colonizado

El conflicto entre Israel y Palestina no es un enfrentamiento entre dos Estados, ni una guerra de igual a igual. Se trata de un proceso prolongado de colonización y despojo, una ocupación sistemática que ha durado más de 75 años y que responde a una lógica de limpieza étnica y control territorial amparada por el silencio cómplice de la comunidad internacional. La Nakba de 1948, que significó el desplazamiento forzado de más de 750 mil palestinxs, marcó el inicio de un régimen de apartheid que ha consolidado un modelo de segregación racial, exclusión legal y violencia estructural.

Las palabras “genocidio” y “colonialismo” no son exageraciones emocionales, sino conceptos jurídicos e históricos que describen con precisión lo que ha ocurrido: la destrucción planificada de un pueblo, su cultura, su territorio y su capacidad de autogobierno. Gaza, hoy convertida en una prisión a cielo abierto, sufre no solo bombardeos diarios, sino el bloqueo sistemático de agua, alimentos, electricidad, medicinas y ayuda humanitaria. La población civil —especialmente mujeres, niñxs y ancianxs— se ha convertido en blanco directo de una violencia que no distingue entre lo militar y lo humano.

II. Estados Unidos e Israel: alianza estratégica en la arquitectura del poder global

No se puede entender el sostenimiento del régimen israelí sin señalar el rol central que juega Estados Unidos como su principal aliado y financista. La ayuda militar anual —que supera los 3,800 millones de dólares— no solo permite a Israel mantener su maquinaria bélica, sino que legitima su modelo de ocupación como “necesidad de seguridad”. Esta narrativa se ha exportado globalmente, convirtiendo a Israel en proveedor de tecnología de vigilancia, represión y control fronterizo que es usada en otros contextos de persecución estatal.

Lo que se ensaya en Gaza —drones de seguimiento, cámaras biométricas, checkpoints, ciudades controladas por inteligencia artificial— se prueba luego en la frontera entre México y Estados Unidos, o en barrios racializados de ciudades como Los Ángeles, Chicago o Nueva York. La conexión no es metafórica: empresas israelíes como Elbit Systems proveen equipo de vigilancia para el muro fronterizo entre México y EE. UU., y agentes estadounidenses entrenan en Israel bajo protocolos “antiterroristas” que luego aplican contra migrantes, personas afrodescendientes y comunidades indígenas.

III. Migrar, resistir, sobrevivir: la vida migrante como territorio en disputa

La violencia que atraviesa a la población migrante en Estados Unidos también es un proyecto político: la frontera no es una línea geográfica, sino un régimen de exclusión que se extiende hasta los barrios,

escuelas, hospitales y centros de detención. Migrar no es una elección libre; en la mayoría de los casos, es una salida forzada por el empobrecimiento estructural, las guerras, el extractivismo o la violencia política —todas, condiciones agravadas o directamente producidas por el imperialismo estadounidense.

En Los Ángeles, por ejemplo, comunidades migrantes viven bajo amenaza constante de redadas, vigilancia, deportaciones y políticas locales que criminalizan la pobreza y la identidad étnica. Este racismo institucional no es accidental: responde a una lógica de necropolítica, donde ciertos cuerpos pueden ser eliminados, detenidos o abandonados sin escándalo mediático ni respuesta institucional. Las familias migrantes, como las palestinas, sobreviven en una tensión diaria entre invisibilidad y persecución, mientras resisten con herramientas comunitarias, redes de cuidado y estrategias de autonomía.

IV. De lo individual a lo colectivo: cuidar como forma de lucha

Frente a estas realidades, la resistencia no se manifiesta solo en grandes protestas o discursos políticos: está también en lo cotidiano, en las redes de apoyo que organizan comedores, refugios, asesorías legales, protestas culturales y espacios de escucha. En Palestina, ante la falta de servicios estatales, las comunidades se han autoorganizado para sostener hospitales de campaña, redes de educación clandestina, distribución de alimentos y protección mutua.

En Los Ángeles, organizaciones migrantes han creado centros de defensa jurídica, sistemas de respuesta comunitaria ante redadas y espacios de formación política y emocional. Cuidarse no es una acción privada, sino una táctica de resistencia ante un sistema que quiere quebrar vínculos y fragmentar las memorias. En ambos casos, el cuidado de la vida no es un acto pasivo ni neutral, sino una praxis política que desafía el abandono institucional y reafirma la dignidad colectiva.

V. La saturación informativa y la anestesia global

Hoy, más que nunca, vivimos en un mundo hiperinformado, pero políticamente desorientado. Las imágenes de cuerpos mutilados en Gaza o familias deportadas en la frontera aparecen en nuestras pantallas, pero no siempre movilizan acción. La sobreexposición a la violencia puede producir una anestesia emocional, un agotamiento moral que normaliza el horror. Esta saturación también puede ser instrumentalizada para dispersar la atención, fragmentar la solidaridad o despolitizar el sufrimiento.

Frente a esta realidad, es urgente recuperar una mirada crítica sobre los medios, exigir narrativas que centren a las víctimas como sujetos de derecho, y reconocer el lugar desde donde se emiten las voces.

En la era de la desinformación, la tarea ética no solo es informarse, sino aprender a distinguir, amplificar y proteger las memorias vivas de quienes resisten desde el margen.

VI. Las luchas no son aisladas: hacia una ética política de la solidaridad internacionalista

El hilo que une Palestina y Los Ángeles —como une también Chiapas, Haití, Colombia, Siria, Congo o Honduras— no es solo el dolor compartido, sino la estructura de poder que produce ese dolor. Entender las luchas como interconectadas es una forma de quebrar la lógica del aislamiento que el poder busca imponer. Las resistencias locales no son pequeñas ni fragmentarias: son nodos de una red planetaria que lucha por el derecho a vivir, cuidar, recordar y habitar dignamente.

La defensa del territorio, el derecho a migrar sin morir, la recuperación de la memoria colectiva, la justicia reparativa y la autonomía política no son demandas sectoriales. Son derechos humanos fundamentales, cuya negación en una parte del mundo debilita su vigencia en todas las demás. Por ello, luchar por Palestina es también luchar por los derechos de las comunidades migrantes, y viceversa. La solidaridad internacionalista no es solo una postura ética: es una necesidad política, una táctica de supervivencia colectiva y una apuesta por una humanidad que se niega a dejar de sentir.

Conclusiones

Lo que este análisis pretende demostrar, y confirma con cada dato, cada voz y cada memoria evocada, es que el genocidio en Palestina y la persecución migratoria en territorios como Los Ángeles no pueden entenderse como fenómenos separados, accidentales o locales. Por el contrario, son expresiones interconectadas de una misma arquitectura de violencia global que opera desde la lógica del despojo, la militarización, el racismo estructural y la necropolítica. Ambos territorios son atravesados por un régimen que decide sobre la vida y la muerte, que clasifica a las personas según su utilidad para el sistema, su lugar en la jerarquía racial, su valor económico o geoestratégico. Lo que une a un niñx en Gaza y a un trabajador migrante en el Fashion District no es solo el dolor, sino la resistencia que sus cuerpos, memorias y comunidades han sostenido a lo largo del tiempo como acto ético de cuidado de la vida, defensa del territorio y dignidad colectiva.

La hipótesis que articula este trabajo —que las luchas no son aisladas, que el genocidio y la migración forzada están entramadas por una misma lógica colonial y racializada— se confirma con claridad. Lo que vivimos no es una suma de tragedias dispersas, sino un patrón sistemático de violencia producida desde las estructuras mismas del poder global: Estados coloniales, industrias armamentistas, discursos mediáticos normalizadores y alianzas diplomáticas que sostienen el horror mientras lo niegan. Estados Unidos no solo ha financiado, legitimado y exportado el modelo israelí de control territorial, sino que

lo ha reproducido internamente, ensayándolo sobre los cuerpos migrantes, racializados y precarizados que intentan sobrevivir dentro de sus fronteras. Las redadas en Los Ángeles, el despliegue militar en comunidades civiles, los arrestos arbitrarios y el miedo sembrado en barrios enteros nos hablan de una necropolítica doméstica que ya no se disfraza.

Pero hay otra trama más potente aún que se hace visible a lo largo de este texto: la de la resistencia colectiva, organizada, viva. En medio de la devastación en Gaza, comunidades enteras siguen cocinando juntas, cuidando heridxs, escribiendo poesía, educando en refugios, resistiendo con el cuerpo y la palabra. En Los Ángeles, redes comunitarias de migrantes, abogadxs, trabajadorxs, estudiantes y artistas han tejido sistemas de protección mutua, patrullas de barrio, comedores populares, defensorías legales y actos públicos de memoria. Es en estos gestos donde se cifra la posibilidad de otro mundo: no como utopía abstracta, sino como realidad que se construye todos los días, entre muchas personas, con base en el cuidado, el vínculo, la memoria y el coraje.

Esta investigación no es sólo una denuncia, sino también una apuesta: por una ética política basada en el reconocimiento mutuo, la solidaridad internacionalista y la defensa radical de la vida en común. Porque frente al colapso de lo institucional, de lo estatal, de lo humano incluso, lo único que ha sostenido el mundo ha sido la colectividad. Porque frente al genocidio y la persecución, lo que ha perdurado ha sido la ternura organizada. Porque cuando el Estado abandona o extermina, los pueblos se organizan para resistir, para sanar, para narrarse a sí mismos con otras palabras, para no dejarse arrebatar ni la vida ni la historia.

En ese sentido, esta investigación no cierra con un punto final, sino con una convocatoria a continuar la lucha desde todos los territorios, lenguas y memorias. Que Palestina no quede sola, que las comunidades migrantes no queden silenciadas, que la memoria no quede archivada. Que sigamos habitando la incomodidad de saber, pero también la potencia de actuar. Porque resistir es existir, pero también imaginar. Y frente a tanta muerte impuesta, elegir el cuidado y la colectividad es, quizás, el acto más radical de todos.

Bibliografías consultadas:

Abu-Sitta, G. (2023). Mapping the devastation: Gaza under fire. *The Lancet*, 402(10393), 121–123.
[https://doi.org/10.1016/S0140-6736\(23\)01313-9](https://doi.org/10.1016/S0140-6736(23)01313-9)

Achille Mbembe. (2019). *Necropolítica* (M. Segovia, Trad.). Melusina.

Al Jazeera. (2024). Israel's war on Gaza: Mapping the death toll. <https://www.aljazeera.com>

Amnesty International. (2022). Israel's apartheid against Palestinians: Cruel system of domination and crime against humanity. <https://www.amnesty.org/en/documents/mde15/5141/2022/en/>

Butler, J. (2020). *La fuerza de la no violencia: En los límites de lo político* (R. Pons, Trad.). Paidós.

Davis, A. Y. (2022). *Freedom is a constant struggle: Ferguson, Palestine, and the foundations of a movement*. Haymarket Books.

Fanon, F. (2009). *Los condenados de la tierra* (J. P. Quiroga, Trad.). Fondo de Cultura Económica. (Obra original publicada en 1961)

Human Rights Watch. (2021). A threshold crossed: Israeli authorities and the crimes of apartheid and persecution.
<https://www.hrw.org/report/2021/04/27/threshold-crossed/israeli-authorities-and-crimes-apartheid-and-persecution>

Mbembe, A. (2003). Necropolitics. *Public Culture*, 15(1), 11–40.
<https://doi.org/10.1215/08992363-15-1-11>

ONU ACNUDH. (2024). Informe sobre las violaciones a derechos humanos en Gaza y Cisjordania ocupada. <https://www.ohchr.org/>

Puar, J. K. (2017). *The right to maim: Debility, capacity, disability*. Duke University Press.

Tuck, E., & Yang, K. W. (2012). Decolonization is not a metaphor. *Decolonization: Indigeneity, Education & Society*, 1(1), 1–40. <https://jps.library.utoronto.ca/index.php/des/article/view/18630>

UNHCR (United Nations High Commissioner for Refugees). (2023). *Global Trends: Forced Displacement in 2023*. <https://www.unhcr.org/global-trends>

United Nations OCHA. (2024). Occupied Palestinian Territory: Humanitarian Impact Situation Report. <https://www.ochaopt.org/>

Zehar, N. (2021). Palestinian feminism and resistance: Toward a decolonial practice. *Journal of Middle East Women's Studies*, 17(2), 198–215. <https://doi.org/10.1215/15525864-8927875>